

Acto constitutivo de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile

En sesiones de 16, 23 y 30 de diciembre de 1964, el H. Consejo Universitario acordó la creación de la Facultad de Ciencias, fijó sus objetivos fundamentales y constituyó su Claustro inicial.

El Supremo Gobierno prestó su aprobación a este importantísimo acuerdo del Consejo Universitario, por decreto del Ministerio de Educación Pública N° 135, de 26 de enero de 1965.

Los objetivos asignados a la décimotercera Facultad de la Universidad de Chile fueron los siguientes:

a) desarrollar, sin perjuicio de las que se efectúen en otras Facultades, investigaciones que tiendan esencialmente a la ampliación del conocimiento en el campo de las ciencias matemáticas y naturales;

b) elaborar y aplicar los planes de estudios de las licenciaturas y doctorados en ciencias matemáticas y naturales. Estos planes podrán cumplirse en cursos propios de la Facultad de Ciencias y en cursos que funcionen en otras Facultades;

c) organizar cursos y actividades especiales de perfeccionamiento en las ciencias matemáticas y naturales, para graduados y personal de la docencia superior, y

d) coordinar, a través de sus miembros que lo sean también de otras Facultades, la investigación y la enseñanza de ciencias básicas en la Universidad.

El Claustro inicial quedó constituido por los siguientes profesores en calidad de contratados en las cátedras universitarias que en cada caso se expresan: don César Abuauad Abujatum, en la cátedra de Matemáticas; don Gabriel Alviál Cáceres, en la cátedra de Física; don Carlos Andrade Plaza, en la cátedra de Química; don Claudio Anguita Cáceres, en la cátedra de Astronomía; don Arturo Arias Suárez, en la cátedra de Matemáticas; don Danko Brncic Yuricic, en la cátedra de Biología; don Sergio Bunel Oyanedel, en la cátedra de Química; don Julio Cabello Ruz, en la cátedra de Química; don Osvaldo Cori Mouilly, en la cátedra de Química; don Héctor Croxato Rezzio, en la cátedra de Biología; don Francesco di Castri Liviero, en la cátedra de Biología; don Humberto Fuenzalida Villegas, en la cátedra de Geología; don Ro-

berto González Rodríguez, en la cátedra de Biología; don Carlos Grandjot Reins, en la cátedra de Matemáticas; don Jorge Hodgson, en la cátedra de Biología; don Gustavo Hoecker Salas, en la cátedra de Biología; don José Luis Izquierdo Fernández, en la cátedra de Biología; don Nahum Joel Sobelmann, en la cátedra de Física; don Edgardo Kausel Vecchiola, en la cátedra de Geofísica; don Jochen Kummerov Schuelke, en la cátedra de Biología; don Humberto Maturana Romecim, en la cátedra de Biología; don Darío Moreno Osorio, en la cátedra de Física; don Jorge Muñoz Cristi, en la cátedra de Geología; don Hermann Niemeyer Fernández, en la cátedra de Química; don Igor Saavedra Gatica, en la cátedra de Física, y don Félix Schwartzmann Turkenich, en la cátedra de Historia y Filosofía de las Ciencias.

Por decretos números 426 y 912, de 1965, el Rector de la Universidad designó en carácter de interinos en los cargos de Decano y Secretario de la Facultad de Ciencias, a los profesores Gustavo Hoecker Salas y Arturo Arias Suárez.

Con fecha 16 de marzo de 1965, se celebró la sesión constitutiva de la nueva Facultad. En esta oportunidad, el señor Rector don Eugenio González, y el Decano señor Gustavo Hoecker, pronunciaron los discursos cuyo texto transcribimos a continuación:

Discurso del señor Rector en la Sesión Inaugural de la Facultad de Ciencias

“Al inaugurar oficialmente los trabajos de la Facultad de Ciencias no quisiera decirles un discurso de corte solemne, cargado de énfasis filosófico y exornado de citas prestigiosas, ni reiterarles conceptos acerca de la ciencia y su significado en la sociedad contemporánea, que ya tienen la poco atractiva condición de tópicos, sino insistir en los propósitos que inspiraron la creación de este nuevo organismo académico y en lo que puede ser su desarrollo ulterior en la vida de nuestra Universidad.

La idea de Universidad está unida a la idea de ciencia y, en cierto modo, se identifica con ella en el ámbito de la cultura occidental. El conocimiento en todas sus formas, su desinteresado cultivo y —lo diremos con palabras de Bacon— su “dignidad y aumento” ha sido y es objetivo primordial de la actividad universitaria. A la Universidad compete conservarlo como tradición cultural, transmitirlo en su labor instructiva y acrecentarlo por medio de una investigación incesante. Puede haber —y las hay— otras instituciones que cumplan alguna de estas vitales tareas, pero la Universidad tiene de ellas una responsabilidad integral.

Nuestra Universidad las ha cumplido, desde su fundación, y las está cumpliendo en la escala que permite su ya crónica insuficiencia presupuestaria. Sin embargo, durante decenios prevaleció en ella la conservación y transmisión del conocimiento, especialmente de aquel indispensable para la buena formación de profesionales, no dándosele, en sus Facultades, al menos pareja importancia a la búsqueda de nuevas ideas científicas, a la indagación crítica y creadora, como tampoco a la difusión sistemática de la ciencia en amplios círculos de la sociedad. La aplicación profesional de la ciencia imprimió carácter a nuestra enseñanza superior.

Esta situación se ha ido modificando, desde hace tiempo, de un modo acelerado, porque estábamos en rezago con respecto a las tendencias y cambios de la Universidad moderna. Han surgido, así, Institutos y Centros, muchas cátedras han transformado su anacrónica estructura, asignándole a la investigación el rol que debe desempeñar en la docencia, tanto los profesores como los estudiantes muestran interés creciente por el trabajo de laboratorios y seminarios. En fin, la ciencia tiene ahora en nuestra Universidad la alta función que le corresponde.

La creación de la Facultad de Ciencias constituye un hecho importante para el futuro científico de nuestra Universidad y del país. No se trata de un acto meramente administrativo, que valga apreciar como iniciativa útil para la mejor organización de nuestra Universidad. Hay algo de eso, sin duda, pero mucho más. La Facultad de Ciencias es la expresión institucional de la voluntad de dar impulso, en nuestra Universidad, al espíritu científico, organicidad y fuerza a sus manifestaciones aún dispersas y débiles, cauce y perspectiva a los esfuerzos de quienes se consagran, a menudo sin reparar en renunciaciones materiales, a la patética aventura del conocimiento.

Patética aventura es, en efecto, la que emprende el espíritu en su búsqueda de la verdad porque mientras más avanza en el camino de la ciencia, más se ensancha el horizonte de lo desconocido. "En todos los modernos progresos científicos —advertía Max Planck— la solución de un problema hace aparecer el misterio de otro". Estamos lejos —y excúsenme Uds. la digresión un tanto profesional— del restringido concepto de la ciencia que tuvo el positivismo del siglo pasado, revivido bajo novedosos atuendos lógicos en el nuestro. La ciencia, en sus audacias teóricas, va mucho más allá de la simple descripción del orden de los fenómenos en busca de una explicación que satisfaga la ansiedad racionalizadora de la inteligencia.

No cabe poner límites, separándola de la especulación trascendental, al afán esclarecedor de la razón científica. Ciencia y filosofía se encuentran unidas frente a los grandes problemas del hombre. Quizás sea oportuno

tuno recordar palabras de un físico eminente, Werner Heisenberg, para quien "las vulgares divisiones del Universo en objeto y sujeto, mundo interior y mundo exterior, cuerpo y alma, no sirven ya más que para suscitar equívocos. De modo que en la ciencia el objeto de la investigación no es la naturaleza en sí misma, sino la naturaleza sometida a la inteligencia de los hombres, con lo cual también en este dominio el hombre se encuentra enfrentado a sí mismo".

Tampoco puede pretender validez en nuestros días la distinción formal —tan frecuente en los textos de filosofía, siempre proclives a las sutilezas didácticas— entre ciencia pura y ciencia aplicada. La ciencia se hace por el "honor del espíritu", pero se hace también para favorecer nuestra industria. El valor teórico del conocimiento y su valor instrumental son inseparables, como lo muestra en su impresionante curso la revolución científica y tecnológica que se opera a nuestra vista. La ciencia como sistema de símbolos conceptuales que traducen el orden real del mundo físico, y la técnica como constructora de instrumentos que perfeccionan la acción y el trabajo, son manifestaciones estrechamente correlativas de la misma voluntad de poder sobre las cosas.

De lo dicho fluye que la Facultad de Ciencias no puede ser lesiva de las actividades específicas de las Facultades en que predomina el objetivo de formar profesionales. La buena formación profesional requiere una seria base científica, como también requiere una clara conciencia ética de la función social que se va a desempeñar. Sin ello, tendremos profesionales rutinarios y egoístas, incapaces de aprovechar oportunamente, para mejorar su propia faena, los progresos del pensamiento científico y, menos aún, de contribuir a enriquecerlo con los posibles logros de una experiencia sometida al análisis metódico de una inteligencia crítica.

Las relaciones de la Facultad de Ciencias con las demás Facultades en que se emplean las disciplinas matemáticas y naturales tienen que ser verdaderamente orgánicas, funcionalmente expeditas y constructivas. Una vez que se hayan dado las condiciones para ello, la coordinación y la responsabilidad de la enseñanza y la investigación de las llamadas ciencias básicas corresponderá, en la Universidad, a esta Facultad de Ciencias. Ella preparará el personal de científicos que la Universidad y el país necesiten y ella cuidará que la enseñanza impartida en las distintas Facultades se mantenga en el grado conveniente de excelencia teórica y práctica.

Las dificultades administrativas que puedan suscitarse a causa de la dependencia de investigadores y docentes de varias Facultades a la vez son de índole subalterna y fácilmente superables, si se planifica con cri-

terio universitario, por encima de inconsultas pretensiones autárquicas, la enseñanza superior y la investigación científica. No se trata de forzar atolondradamente la compleja realidad universitaria, constriñéndola para encerrarla en esquemas de lógica simplicidad. Por el contrario, se trata sólo de aprovechar racionalmente los recursos humanos, financieros y materiales de que se dispone, evitando los inútiles dispendios de una emulación mal entendida. Aún más: deben planificarse y coordinarse en conjunto las investigaciones científicas que realizan las Universidades del Estado y las particulares y otros organismos nacionales.

Señores: Me he extendido demasiado en consideraciones que, bien lo sé, son innecesarias para este auditorio de estudiosos. Antes de terminar permítanme, no obstante, que recuerde algunas reflexiones de Henri Poincaré en el prólogo de su obra de actualidad permanente, "El valor de la Ciencia", acerca de la Ciencia y la Moral. "La Moral —piensa él, nosotros diríamos la Filosofía, concebida como reflexión sobre la totalidad de los valores de la cultura— nos muestra el objeto adonde debemos encaminarnos y la ciencia los medios de llegar a él una vez conocido. No pueden, por lo tanto, estar en oposición y así como no puede comprenderse una moral científica, tampoco es posible imaginar una ciencia inmoral". Lamentablemente no es así. No puede concebirse, es cierto, una ciencia inmoral, pero sí un aprovechamiento inmoral de la ciencia.

Tenemos recientes y terribles ejemplos de lo que es la barbarie científica de una civilización sin brújula espiritual. Todos los avances culturales están en peligro, si no se encauza la revolución científica y tecnológica de nuestro tiempo en un sentido de superación humana. Mientras más instrumentos de poder entrega la ciencia a los individuos y a los Estados, más imperativa se hace la necesidad de que el espíritu del hombre se abra a una comprensión generosa y fraternal del bien, la belleza, la justicia, la libertad, la paz. La ciencia sólo será valiosa en la medida que contribuya a proporcionar a la Humanidad los fundamentos de una vida digna".

Discurso del Decano de la Facultad de Ciencias en la sesión inaugural de sus actividades

"Nuestra Universidad, después de discusión amplia y profunda, ha estimado conveniente establecer la Facultad de Ciencias y es nuestro propósito hoy definir el significado de esta creación así como las relaciones que esperamos existan entre ella y las demás estructuras universitarias. Por otra parte, será necesario hacer una estimación muy general del estado actual del desarrollo científico y de su influjo sobre el

hombre de hoy y el del futuro cercano para ubicarlo en una perspectiva adecuada.

Por una parte, su creación ha sido posible por el consenso de su necesidad por parte de la gran mayoría de los científicos calificados de todo el país, quienes con una generosidad poco común colaboran a través del Instituto de Ciencias y seguirán colaborando en este esfuerzo. Por otra, gracias a la comprensión de las autoridades actuales y pasadas de nuestra Universidad, quienes conscientes de esta necesidad desde hace años la han apoyado a través de la creación de cargos, dotación de laboratorios, modificaciones de programas y envío de becados al extranjero. Y, finalmente y en medida no menos importante, por la recepción cariñosa y la generosidad de universidades, instituciones e insignes maestros extranjeros que han recibido discípulos venidos de esta tierra, para ellos lejana, o han venido a la nuestra para transmitirles la tradición y guiarlos con su ejemplo. Nuestro espíritu se inclina agradecido frente a estas nobles donaciones.

Las posibilidades que se abren por la tasa exponencial del crecimiento científico son tales que la imaginación es sobrepasada por la cantidad inmensa de los hechos descubiertos y la información, ideas y desarrollos que ellos encierran. Pero todo esto es fruto de la actividad humana: de un grupo hasta cierto punto pequeño de hombres de todos los países para quienes "la más bella cosa que se pueda experimentar es el misterio, fuente de todo verdadero arte y ciencia". Tal vez no haya hombre desde que existe la humanidad que frente a la naturaleza, incluido él mismo en ella, no haya tratado de romper su soledad preguntándose algo acerca del mundo que le rodea y que incorpora en sí mismo a través del pensamiento. Einstein diría de aquel que le fuera negado el don de maravillarse y expresar las dudas de su espíritu en preguntas que "vale tanto como si estuviera muerto porque sus ojos están cerrados".

Pero no sólo se hace preguntas el hombre por maravilla. La otra fuerza ciega que lo guía es la necesidad de supervivencia secular en un mundo que existe desde el término mismo del límite corporal y en el cual, como dice el poeta, "lo extranjero y lo hostil allí comienza"... "algo abiertamente invencible y enemigo". Y este mundo y sus fuerzas hay que comprenderlo si es que se deba cumplir el mensaje histórico que es cada ser vivo. Nos hacemos preguntas sobre la naturaleza para comprenderla o dominarla. En último término para llegar a una armonía con ella y con nosotros mismos que satisfaga las necesidades tanto del cuerpo como del espíritu.

El acervo de conocimientos acumulados con este continuo preguntar que el hombre hace, ha tenido un curso zigzagueante, incluso retrocesos

aparentes y aun verdaderos. Sólo algunos individuos privilegiados y en circunstancias a veces fortuitas contribuían a este fondo común propio del hombre. Con estas preguntas que se hiciera Bacon acerca de cuáles eran los factores que permitían indagar con éxito en la fenomenología natural, dispuso la humanidad de la herramienta poderosa que le ha abierto las primeras puertas y le ha permitido contemplar, con asombro que no cesa, las bellezas increíbles encerradas por milenios en el corazón de la madre universal.

Y, en los últimos siglos en forma clara y hoy en forma obvia, la ciencia y su corolario el control tecnológico avanza, no como un río ocasional en un territorio por otra parte desierto, sino como la inmensa marea de un océano vasto y poderoso. Apreciaciones razonables que no exigen mayor precisión establecen que el número de hombres de ciencia en los últimos 50 años iguala o supera a todos los anteriores desde el Renacimiento. Se han cumplido los sueños más audaces y comprendemos la base material de la vida, la constitución de la materia, las leyes de la transmutación de la materia en energía y la audacia del hombre la ha llevado hasta colocar estrellas en el cielo y a intentar desligar su propio destino de las fuerzas ciegas que hasta hoy le dieron origen.

Pero la ciencia es potencia y junto con la comprensión pura y desinteresada se han satisfecho a través de la tecnología en desarrollo tan vertiginoso como el de las ciencias, no sólo las necesidades biológicas fundamentales sino también muchas de las urgencias del espíritu, y el hombre común de hoy, a veces sin saberlo y sin el gozo de maravillarse, vive rodeado por el arte, la belleza y el conocimiento como nunca antes en la historia. Porque también las ciencias del hombre aumentan su caudal y son un mar profundo que exigirá, como las Ciencias Naturales una dedicación sistemática para su desarrollo por parte de nuestras Universidades.

Algunas personas de espíritu mercenario se preguntan ¿qué importancia puede tener el conocimiento de la forma de nuestra galaxia o el de la velocidad de conducción de estímulos en el nervio de una jibia?, ¿Cuánto dinero rinde? Van más allá y movidos por la única onda en la que vibran sus espíritus pequeños insisten en oponerse al desarrollo de los estudios desinteresados en nuestras Universidades por considerarlos demasiado caros. Esos mismos desearían que las primeras letras —que serían las últimas— se aprendieran en catálogos para el funcionamiento de máquinas productoras en vez de hacerlo a través de poemas, o de libros de historia o religión. Son relictos que sólo gozan como el rey Midas convirtiendo todo lo que tocan en frío metal y que olvidan que el desarrollo de las artes y las ciencias son el motor primordial que conduce al hombre a la dignidad de su plena potencialidad. Y su limi-

tación los hace olvidar que civilizar es crear necesidades. Su propio provecho debiera hacerlos comprender el papel de las fuerzas culturales en el desarrollo económico de una nación. Porque no sólo de pan vive el hombre.

Por obvia no creo necesario justificar la necesidad de esta creación que es la Facultad de Ciencias, como no lo sería el establecer las indispensables Facultades de Artes y Letras y la de Ciencias Sociales. Sólo espíritus pequeños podrían dejar de ver lo que ya sabía Hipócrates que "la vida es breve y el arte es largo, la experiencia engañosa y el juicio difícil".

La ciencia, es por definición, dinámica: podría decir "ciencia es hacer ciencia" y como en el taller el aprender a pintar exige manipular los pigmentos y pinceles, y adquirir el oficio bajo la guía de un pintor y no de un crítico, o en la sala de cirugía aprender a operar es colaborar con el cirujano en el manejo de los órganos e instrumentos, para ser un científico hay que vivir las experiencias bajo la guía de un científico activo. La adquisición de las herramientas conceptuales y manuales en la ciencia de hoy exige como ayer y como siempre *vivir* la ciencia. Es estéril el que enseña vivencias por libro. El que sólo está informado no puede formar. Y la ciencia de hoy no es la ciencia de mañana aunque se basa en la de ayer.

Para extraer del caos de datos que nos ofrece la naturaleza aquella regularidad que es una curva o una ley se requiere hoy en día una dedicación total y una formación sistemática. Esto es lo que se propone hacer la Facultad de Ciencias. Es pues, un órgano propio de la Universidad, yo diría, el órgano que efectúa la continuidad evolutiva de la Universidad en este campo. Iguales finalidades deberán llenar las Facultades por crearse de Ciencias Sociales y de Artes y Letras.

Para cumplir con estos propósitos deben fijarse niveles altos a tono con los requerimientos exigidos universalmente y hacer ciencia. Sólo en esta forma podrá mantenerse el clima en que se desarrollan y llegan a ser los científicos.

La libertad de examen y el acceso a estas disciplinas para aquellos que demuestren la escolaridad y pasión indispensables estará abierta en esta Facultad a todos sin distinción de origen o de creencias políticas o religiosas. Esperamos que además de estas libertades, se nos provea de un número adecuado de becas para que cualquier joven del país que sienta esta vocación pueda probarse. O sea que no se hagan discriminaciones por razones económicas.

El país dispone a lo más de unos 150 científicos calificados en el campo de las ciencias. Esta cifra es irrisoria y constituye el mayor obstáculo para aumentar las matrículas en nuestras Universidades y para

mantener el ritmo de progreso e inyectar el espíritu creativo y progresista en la enseñanza de las profesiones. Un aumento de diez veces esta cifra todavía sería insuficiente para alcanzar una tasa de desarrollo comparable a la de países a la altura de los tiempos.

Sentado que ni el arte ni las ciencias necesitan justificación para su existencia universitaria, es necesario plantear las relaciones que esta Facultad debe contraer con las Escuelas Profesionales.

En primer lugar, hay que destacar que toda profesión de grado universitario tiene una extensa base científica. Esta debe ser impartida idealmente por científicos si es que se desea comunicar esta actitud en los estudiantes. La Facultad de Ciencias por tanto, no puede pretender acaparar la investigación científica, la cual deberá continuar e incluso aumentar su ritmo en las Facultades Profesionales. Sería de desear, sin embargo, que a base de un personal calificado, algunas Facultades Profesionales pongan más énfasis en la investigación tecnológica moderna a fin de inculcar a sus alumnos la actitud creativa y de progreso requerida por la industria actual. Hay acuerdo en que ésta se caracteriza por una innovación constante a base de la rápida aplicación de los principios descubiertos por la ciencia y por la investigación tecnológica avanzada. De aquí la concepción política de ligar ciencias y desarrollo económico social. Este aumento de la creatividad de las profesiones, que en el futuro deberá traducirse en el desarrollo de patentes y licencias internacionales, constituye el campo moderno de lucha por el progreso y bienestar económicos y puede augurarse que el mayor factor que permitirá la libertad política de los países.

En estos desarrollos, cuyos embriones se bosquejan a través de importantes modificaciones estructurales iniciadas por las Facultades de Filosofía y Educación y la de Química y Farmacia, nuestra Facultad estará siempre pronta a colaborar a través del perfeccionamiento del personal docente superior, y de la discusión tanto de los proyectos como de los resultados e interpretaciones, y a través de la prestación de los servicios de que dispone o disponga en el futuro. Por otra parte, dado el costo elevado de algunas instalaciones y aparatos, será necesario establecer una política cooperativa para este tipo de servicios dentro de la Universidad y aún dentro del país. Prominente ejemplo sería la adquisición de un acelerador de partículas que permita a científicos y tecnólogos obtener isótopos radiactivos de vida corta y disponer de una herramienta de análisis de problemas de estructura de la materia.

La Facultad de Ciencias espera contribuir significativamente a la enseñanza secundaria a través de cursos de perfeccionamiento para los profesores de Ciencias y de Seminarios sobre demostraciones y metodología de las ciencias. A este respecto la reciente reunión celebrada en

Valparaíso bajo el patrocinio de la Comisión de Planificación de la Enseñanza y la Ford Foundation, es un promisorio comienzo.

Dadas las características especiales de esta Facultad que debe recibir alumnos de muy diversos niveles y procedencias parece necesario establecer un sistema de equivalencias de estudios a fin de evitar en lo posible los fracasos que resultan de la existencia de Facultades cerradas. Un sistema de reconocimiento a base de créditos por exámenes rendidos permitiría estratificar mejor a los estudiantes de acuerdo con sus capacidades y obtener un mayor provecho de la enseñanza universitaria. El alumno que en una escuela de requerimientos altos, como la de Ciencias, fracase parcialmente en algún curso, podría aprovechar los conocimientos obtenidos, sin pérdida de tiempo, en otras actividades para las cuales tuviera condiciones más adecuadas. Esperamos, eso sí, ganar la confianza de las demás Facultades como un paso previo para este tipo de cambio.

Las relaciones señaladas son metas a corto plazo. En el futuro y una vez que aumente el número de docentes calificados y solamente en este momento, esperamos que se cree con una base sólida, un sistema de enseñanza de los métodos y el lenguaje de las ciencias común para toda la Universidad. Hay consenso que este tipo de estructura acompañada de las necesarias reformas de nuestros sistemas de evaluación y equivalencias de estudios sirve para introducir los estudiantes a las responsabilidades y derechos universitarios y ofrece mejores posibilidades de concretar vocaciones que el presente sistema de ingreso inmediato a las profesiones y su riesgo de fracasos por falta de información, madurez, vocación o capacidad. La Facultad misma de Ciencias será siempre pequeña relativamente y mantendrá sus elevadas exigencias. Su rendimiento, esperamos que sea alto por el retorno de tipo interés compuesto que significa el atractivo de nuevos alumnos que deseen formarse con maestros bien calificados.

Será tarea inmediata nuestra establecer la organización docente, de investigación y administrativa que facilite alcanzar estos fines. Habrá que encontrar los medios que hagan sentir a los miembros del Instituto de Ciencias actualmente ubicados en otras Facultades y aún en otras Universidades que son parte importante en una empresa de jerarquía superior que la Universidad reconoce como suya. Y frente al hecho consumado de la escasez presupuestaria obtener el financiamiento indispensable para que los investigadores no paralicen sus actividades.

Vemos, pues, que la Facultad de Ciencias se propone planificar su desarrollo y que no es su propósito convertirse en una especie de escuela profesional formadora de profesores universitarios ni acaparar la investigación científica. Sin embargo, a través de las exigencias de estu-

dios, de la creatividad y espíritu de progreso de sus estudiantes y del ejemplo y trabajos de sus docentes y discípulos espera contribuir al perfeccionamiento y progreso de nuestras Universidades y de la enseñanza total del país. Podría resumirse esta acción diciendo que así como la enseñanza universitaria de la Medicina sirve a la salud, la de la Ingeniería a la industria, y la de la Agronomía a la tierra, la Facultad de Ciencias sirve a la Universidad.

Por razones obvias no considero necesario en esta ocasión recordar a nuestro gobierno la importancia tanto de la ciencia como de su progreso en escala nacional. Ningún político o estudioso de las realidades ignora el significado que tiene el aumento del acervo cultural superior en el desarrollo de los pueblos. La velocidad de las comunicaciones y los intercambios de ideas y comercio han hecho del mundo actual una unidad total en la que el progreso o el atraso dependen fundamentalmente de la capacidad tanto para crear y aplicar las tecnologías como para conocer la extensión y potencialidades de la realidad nacional. Y esto sólo se puede obtener por medio de hombres entrenados en el método científico riguroso y en la disciplina ascética que representa el trabajo creativo. Y cada país ocupa en este momento el máximo de sus recursos humanos y no esperan, por caro e impracticable, que vengan de afuera a resolverles sus problemas. En este esfuerzo que exige el mundo moderno, todos los gobiernos y con mayor razón los de países en desarrollo, refuerzan sus universidades como pilares insustituibles del progreso. Podría abundar en estimaciones y citas autorizadas por la experiencia, pero en esta alta tribuna lo trivial no tiene lugar.

Permítaseme, finalmente, expresar que los científicos de nuestro país se sienten profundamente satisfechos de la existencia de esta Facultad que les permite recibir por primera vez una generación de estudiantes que llegan a ella motivados por el deseo de dedicarse a las ciencias. Tenemos una aguda conciencia de nuestra responsabilidad y es con un sentimiento profundo de humildad que recibimos la fe que ellos colocan en nosotros. Puedo asegurarles que una de las más puras alegrías que conozco es compartir en la enseñanza nuestras experiencias con discípulos interesados e inteligentes y contemplar cómo el ejercicio de la mente les permite comprender la naturaleza, actuar en armonía con ella y florecer en creaciones. Muy pronto ellos descubrirán que aquellos que les enseñan son solamente alumnos de grados más avanzados, porque la ciencia está de continuo cambio no podemos nosotros ni podrán ellos detenerse si es que anhelan su perfeccionamiento. Y verán que lo que se les enseña depende del estado de la ciencia en ese momento y que todos los hechos pueden alcanzar más precisión y todos los conceptos

deben someterse a crítica. Tomarán conciencia de que los hechos adquieren significado sólo en el contexto de las teorías que informan las ciencias y esperamos que un espíritu de superación los lleve alguna vez a considerar la posición de su misma ciencia en relación con los demás valores humanos. Y en el ejercicio de este noble juego en el que tendrán que poner a prueba todas sus capacidades de imaginación, intelecto e incluso resistencia a los esfuerzos con dejación completa del orgullo llegarán a conocerse en profundidad, a ser útiles a sus semejantes, y a sobrepasar a sus maestros.

Esa será nuestra satisfacción y recompensa".

